



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

8179

aa 10



8179 aa 10

DISCURSO

QUE EN LA

SOLEMNE FUNCION

DE LA

BENDICION DE LA BANDERA

DEL BATALLON

LIGERO GUERRERO

GUARDIA NACIONAL DE ESTA CIUDAD,

PRONUNCIÓ

EN EL TEMPLO DE LA PURÍSIMA CONCEPCION EL
DIA 28 DE DICIEMBRE DE 1847

EL PRESBITERO

C. BERNARDINO CARBAJAL.



OAXACA.

IMPRESO POR IGNACIO RINCON,
Calle de Santo Domingo N. 1.

1848.



....*Erigamus defectionem populi nostri, et pugnemus pro populo nostro et sanctis nostris.*—1. *Mach. Cap. 3 v. 43.*

....Reanimemos el abatimiento de nuestro pueblo, y peleemos por nuestra patria y por nuestra religion.—Lib. 1.º de los Mac. Cap. 3.º v. 43.

SECRETARÍA DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE OAXACA.



Digna de la luz pública ha considerado el Escmo. Sr. gobernador del Estado la oracion que V. S. pronunció en la solemne bendicion de la bandera del batallon ligero Guerrero guardia nacional de esta ciudad, verificada en la Iglesia de la Purísima Concepcion el dia 28 del corriente, y deseoso de que las ideas sublimes y eminentemente republicanas que contiene, así como los sentimientos del mas puro patriotismo que V. S. supo con tanto acierto consignar en ella, se difundan por todas partes y reanimen el espíritu público que por desgracia se observa tan abatido, ha dispuesto pida á V. S. la citada oracion con el fin de dárla á la prensa, y á este efecto tengo el honor de dirigir á V. S. la presente comunicacion, protestándole con tal motivo mi afectuosa y distinguida consideracion.

Dios y libertad. Oaxaca, Diciembre 31 de 1847.—Ruiz.—Sr. Br. D. Bernardino Carbajal diputado al soberano congreso extraordinario de la nacion.



Persuadido de que el discurso que pronuncié en la solemne funcion de la bendicion de la bandera del batallon ligero Guerrero guardia nacional de esta ciudad el dia 28 del corriente, carece de todo lo que puede recomendar una pieza oratoria, me habia resistido á las instancias de mis amigos para que se imprimiera; mas si el Escmo. Sr. gobernador del Estado juzga necesario que se dé á luz, por los resultados que se promete, y que V. S. se sirva manifestarme en su apreciable nota oficial de esta fecha, que tengo el honor de contestar, juzgo un deber sacrificar los justos temores de una crítica juiciosa y sensata, á la utilidad que pueda ofrecer su impresion.

En el citado discurso, hecho con precipitacion por la premura del tiempo, he procurado consignar aquellas verdades de mayor importancia en nuestras angustiadas circunstancias, sin cuidar de la cultura del estilo; porque mi principal intento fué hacer comprender al soldado de la República sus deberes, en un idioma que, sin fatigar el entendimiento, pudiera mover el corazon.

Sírvase V. S. manifestar á S. E. mi gratitud por el honor que me dispensa, suplicándole al mismo tiempo, que se sirva disimular los defectos en que abunda la ora-

cion adjunta, que jamas hubiera visto la luz pública, á no ser por los motivos espuestos, y por complacer los deseos patrióticos de S. E.

Reproduzco á V. S. las afectuosas expresiones de mi consideracion y muy distinguido aprecio.

Dios y libertad. Oaxaca, Diciembre 31 de 1847.—*Bernardino Carbajal*.—Sr. Lic. D. Manuel Ruiz, secretario del despacho del supremo gobierno del Estado.



Reproducción de V. E. las estatuas espre-
siones de mi consideración y muy distingui-
do aprecio.
Dios y libertad. Oaxaca, Diciembre 31
de 1847.—Bernardino Cabral.—Sr. Jefe
D. Manuel Ruiz, secretario del despacho
del supremo gobierno del Estado.



ILLMO. SR.—SR. ESCMO.

NUNCA ha sido mas necesario impetrar las bendiciones del Cielo en favor de las armas mexicanas, que en estos dias de luto y de llanto para la pátria. Nunca ha sido mas necesario ecshortar el valor y la fidelidad del soldado de la República, que en la época en que parece haberse enfriado el entusiasmo militar, olvidándose los deberes mas sagrados, y menospreciándose el honor y la dignidad nacional. Nunca ha sido mas necesario reunir á los defensores de la pátria en el templo de Dios, para hablarles el idioma de la verdad, manifestarles sus deberes, y empeñarlos en conservar sin manchilla la independendencia de México y la religion santa, que en las presentes circunstancias en que un pueblo avaro, con escándalo del mundo civilizado, invade nuestro territorio, hace flamear, con mengua nuestra, un pabellon extranjero en el palacio de los supremos poderes de la República, profana y saquea nuestros templos, y amenaza no menos la libertad que el cristianismo. Nunca ha sido, por último, mas necesario poner bajo la custodia de corazones leales y de

honrados ciudadanos el pabellon nacional, como una enseña de honor, que los decida á sacrificarse heroicamente, antes que permitir que una mano estraña y atrevida les arrebatase la bandera que la pátria les confiara, y cuya defensa ha sido en todos tiempos considerada como la mas distinguida gloria militar.

Me complazco al dirigir la palabra á los oaxaqueños virtuosos que me escuchan, y ¡plegue á Dios! que la verdad halle eco en sus corazones, que no sea estéril para la pátria este acto eminentemente religioso, y que el batallon Guerrero, al recibir su bandera consagrada por el Ministro de Dios, se comprometa á conservarla con honor.

No quedaria yo satisfecho, señores, si en la presente solemnidad solo me contrajera á lo que tiene de antigua y de notable la ceremonia de la bendicion de las banderas, cuando objetos de la mas alta importancia parece que reclaman esclusivamente la atencion del orador del dia: permitidme, pues, que consagre mis trabajos á la instruccion militar, segun que la dignidad del puesto y nuestras circunstancias lo requieran.

La amargura de nuestra situacion política, señores, me pone en el estrecho caso de manifestaros con toda la franqueza de mi corazon, cuáles son los deberes que os impone el carácter militar con que os hallais investidos, cuáles los sacrificios que debeis prestar á la pátria, en la agonía á que la

han reducido sus desgracias: cuáles á la religion de nuestros padres, cuya suerte se ha identificado con la de la independencia de la nacion; y cuáles, por fin, los que debeis á la sociedad de que sois una parte muy distinguida.

No espereis, señores, en el desarrollo de las ideas propuestas, adornos lujosos, ni frases de esquisita oratoria: prefiero á los conceptos sublimes, la verdad desnuda y sencilla; y sin fatigar demasiado el talento de mi benévolo auditorio, intento mover su corazon patriota y religioso. Os suplico vuestra atencion.

Los pueblos, así como los individuos, tienen ciertos momentos supremos en que el cielo parece que descarga sobre ellos todos los rayos de su indignacion, en que abrumados con el peso de una maldicion terrible, vuelven por todas partes sus miradas inquietas, buscando una mano benéfica y salvadora que los sostenga en su debilidad, que los arrebate al furor del infortunio. Entonces la caridad cristiana prescribe á todos los hombres socorrer la miseria de su hermano, impartirle auxilios eficaces, y redimirlo de la suerte cruel que lo persigue; y si este es un deber sagrado de que nadie puede relevarse: si un individuo desgraciado tiene derecho incuestionable á la benevolencia de sus semejantes: si desatender su clamor es complicarse en la causa de sus males; un pueblo afligido, ultrajado y redu-

cido al último apuro, una nación débil, amenazada por enemigo poderoso, con la mayor de todas las desgracias que es la pérdida de su existencia política, reclama todavía mas imperiosamente el esfuerzo heroico y general de sus hijos, para poner un dique que contenga el torrente de una invasion que la sumirá, sin remedio, en el abismo del oprobio y del vilipendio.

Tal es, señores, la situacion angustiada de nuestra infelice pátria: lloremos en la amargura de nuestro corazon los horribles antecedentes que la han puesto en tan inminente peligro: no conmemoremos nuestros funestos estravios: no volvamos los ojos á ese pasado turbulento y anárquico, porque rasgaria nuestras entrañas la consideracion de sus lamentables resultados; fijémos solo la atencion en la agonía de la pátria; oigámos el clamor lastimero que la hacen ecshalar la ignominia y la infamia que padece, veamosla que estiende ácia nosotros sus brazos implorando compasion y demandando auxilios para conservar la preciosa herencia que le legaron el patriotismo y el valor de sus héroes; y conmovidos con tanto infortunio, y horrorizados con el porvenir aun mas triste que se le espera, decidámonos á salvarla: que no diga el mundo que nos observa, que hemos visto desaparecer la independendencia y la libertad de México, sin haber defendido antes los dos mas caros beneficios con que Dios nos agracia:

raz: que no diga; que si no los apreciamos dignamente, es porque nunca los merecimos: que no diga que hemos nacido proscritos por el cielo y destinados á servir de escarnio al primer pueblo que quiso imponernos un yugo: que no diga, en fin, que es un sarcasmo en la historia de las naciones la existencia de la República Mexicana.

Nunca un pueblo se manifiesta mas grande y magnánimo, que cuando arrostra los peligros, cuando combate por su honor y por su ser político; pero nunca tambien se muestra mas degradado y envilecido, que cuando apático y egoista doblega el cuello al yugo de la servidumbre, y se somete, sin resistir, al tirano que lo oprime. No es mengua sucumbir, señores, si se sucumbe con honor; pero si es ignominioso humillarse sin haber antes peleado con entusiasmo por la libertad. Un conquistador afortunado no puede menos que respetar al pueblo vencido, si este le ha hecho comprar muy caras sus victorias, si aún en medio de sus infortunios se manifiesta patriota, y si orgulloso, aun en la desgracia, no lo deja gozar tranquilo el fruto de sus crímenes.

Despues que por una fatalidad han sido funestas para México todas las acciones de guerra que hemos presentado al enemigo extranjero: despues que las armas de la República no han podido arrancar un laurel á la victoria: despues que muchos ilustres mexicanos se han sacrificado heroicamente en

las aras de la independencia de la patria: despues, por último, que ha desaparecido nuestro ejército, nuestro erario y todos los elementos con que contábamos para salvar la situacion del pais; ya parece que nada nos resta que hacer, sino entregarnos á discrecion al enemigo que nos invade, y que tal vez nos conquista. Implorar su clemencia para conservar la vida, aunque sea llena de infamia: sacrificar á este miserable precio todo lo mas caro á nuestro corazón, nuestra libertad y nuestros intereses, nuestra religion y nuestro honor: recibir con humildad la ignominia con que quiera cubrirnos: sujetarnos resignados á todas las degradaciones que quiera imponernos: besar sumisos la mano que hunda en nuestras carnes el látigo de la infamia: presentar el carrillo para que el sello de la servidumbre deje impreso en él indeleblemente el baldon del esclavo: llorar la pérdida de la independencia: no atrevernos á evocar gratos recuerdos: renunciar á toda ilusión, á toda esperanza.... sí, porque para el mísero esclavo no hay ni recuerdos, ni ilusiones, ni esperanzas.... Tal es, señores, el lúgubre porvenir de los mexicanos.

¡Ah! ¿y consentiremos que este sea el porvenir único de México? ¿Ya dimos el último adios á la libertad? ¿Ya veremos insensibles pisotear el pabellon mexicano? No, siempre no. Aun no se ha consumado nuestra total ruina, aun sentimos palpar

en nuestro pecho un corazon libre, aun, gracias á Dios, el territorio del Estado no ha sido profanado por la planta inmundada del enemigo de nuestra independencia, aun no hemos sufrido el vilipendio de ver en nuestra capital flamear el estandarte de las estrellas, aun hay algunos otros Estados de la República que no han sido invadidos y que se preparan á una defensa vigorosa: entonces no se ha perdido del todo la esperanza. Tal vez un esfuerzo heróico y comun nos salvará de la tempestad que ya truena sobre nuestra cabeza: tal vez la Providencia divina y el patriotismo de los oaxaqueños nos librarán de los crueles males que nos amenazan.... El patriotismo de los oaxaqueños: he aquí la sola, la única esperanza del Estado, supuesta la cooperacion del cielo. He aquí lo que la pátria espera de vosotros en los mas solemnes momentos de su angustia. El Estado os confia su defensa, porque os ha puesto en las manos las armas con que debeis hacerla. Quizá no está muy remoto el dia en que le deis una prueba práctica de vuestra lealtad.

No necesito recordaros los nombres ilustres de nuestros antepasados: tampoco creo necesario para alentaros referir la historia de los pueblos antiguos y modernos que se han cubierto de gloria peleando por la mas justa de las causas, la independencia de su pais. Os haria una injusticia, si por un solo instante dudara de vuestro patriotismo; y

para desarrollar toda su influencia, me basta solo apelar á vuestros propios sentimientos: si ellos son magnánimos: si apreciáis la libertad para vosotros y vuestros hijos: si aspiráis á un nombre eterno: si os horroriza la infamia y la vileza, manifestad al mundo que jamás la habeis merecido, que sois dignos de formar un pueblo libre é ilustrado, y que sabeis conservar á toda costa vuestra dignidad y vuestro honor.

Bien sé, señores, que en nuestro actual estado, y atendiendo á la espantosa escasez de recursos, seria ecsigir de vosotros demasiado, si la defensa de Oaxaca la abandonáramos solo á vuestro valor. No dudo que vuestro ardiente patriotismo os sacrificará antes que desmentirlo; pero seria infructuosa esa abnegacion, si á ella no se une de una manera eficaz y positiva, la cooperacion de todos los oaxaqueños. El soldado ha cumplido con su deber, cuando ha peleado con denuedo; cuando, sin abandonar su puesto ni su bandera, consigue una victoria, ó sucumbe con gloria. Esto es todo lo que la pátria puede esperar de un militar; esto es lo que tiene que ecsigirle; esto es todo lo que vosotros debeis hacer, y con lo que habreis cumplido con vuestro deber.

Mas si á pesar de todos los esfuerzos humanos, Dios, para castigar el criminal abuso que hemos hecho de la libertad que nos diera, ha resuelto en sus juicios eternos en-

tregarnos á nuestros enemigos, entónces, señores, procuremos aplacar su indignacion, y uniendo á la defensa de la pátria el arreglo de nuestras costumbres, merezcamos la proteccion divina: peleemos por la libertad, porque Dios aborrece la servidumbre, y nunca ha sumido á las naciones en los horrores de la tiranía, sino en castigo de grandes crímenes: pongamos de nuestra parte cuanto podamos para salvarnos de la tormenta que nos amenaza; pero hagamos un propósito firme de enmendar nuestros errores políticos, y de perfeccionarnos conforme á las miras de Dios.

No solo como mexicanos debemos interesarnos en la suerte de la pátria; no solo la libertad política y la independendencia nacional se hallan altamente comprometidas en la guerra justa que sostenemos: aun hay mas, la religion de Jesucristo corre un peligro inminente. Si el soldado de la República tiene un deber de derramar su sangre para conservar ileso el honor nacional, el soldado de la República, como cristiano, debe combatir con mayor entusiasmo, cuando sus creencias y su religion se han identificado con la suerte de la independendencia y de la libertad.

Hay ciertos sentimientos, señores, tan profundamente impresos en el corazon humano, que ni las mayores convulsiones, ni los trastornos mas escandalosos pueden destruir. Hay ciertas ideas que nacen, por

decirlo así, con el hombre, que crecen y se robustecen con él, y que, ya sea por la educacion, el hábito ó la íntima persuasion, forman la ecsistencia moral de los pueblos, su prosperidad y su engrandecimiento. La historia nos presenta mil ejemplares de la energía con que las naciones han luchado para conservar sin alteracion sus costumbres, sus hábitos y sus creencias. El sentimiento religioso ha sido en todos tiempos respetado y defendido por los pueblos, porque su ecsistencia política depende hasta cierto punto de la inviolable observancia de sus principios religiosos.

La nacion mexicana no cede á ningun pueblo del mundo en la firme adhesion á estos principios. Desde que felizmente la luz celestial del Evangelio penetró al traves de las oscuras sombras de la idolatría, que envolvieran á los antiguos aztecas, la religion del Crucificado ha sido y será el código religioso de los mexicanos: educados bajo de sus auspicios, se han formado las entrañas con la leche de su doctrina: íntimamente persuadidos de la verdad de sus dogmas, los veneran con la humildad recomendada por el Apóstol: sensibles á la influencia que ejerce su moral en la felicidad pública, respetan y cumplen sus preceptos; y encantados con la sublime poesía de sus misterios, sacrifican á la fé del cristiano la razon del filósofo.

Seria molestar demasiado vuestra aten-

cion, si pretendiera analizar todos los inmensos beneficios del cristianismo: por fortuna hablo á un pueblo cristiano, cuyo honroso título me releva de detenerme sobre este punto; empero no puedo pasar en silencio nuestro porvenir religioso, si por una desgracia perdemos nuestra adorada independencia: está tan estrechamente unida la suerte de la libertad con la de la religion en la cuestion de armas que sostiene la República, que no nos es dado hacernos ilusiones de conservar la una sin la otra.

Sabemos, señores, que la nacion que nos invade injustamente, abriga en su seno una miscelanea espantosa de sectas heréticas, de absurdos peligrosos y de impiedades de todo género. Protegidos por las leyes del pais, luteranos, calvinistas, presbiterianos, y otra multitud de religiones, cuya base está en el suelo, y cuyo apoyo es puramente terreno, se proclaman como descendidas del cielo y hacen la guerra al cristianismo que las proscribe. Estas religiones monstruosas se establecerán por la fuerza, y se conservarán por la opresion en el pueblo cristiano, que hasta hoy habia conservado pura y sin manchilla su fé. Elevarán á la vista del católico templos consagrados á sus vanos delirios, donde en vez de rendir un homenaje á la Divinidad, se profana y se insulta su nombre sacrosanto. Se enriquecerán esos templos con los despojos de los nuestros, y las alhajas mas preciosas que adornan nuestros al-

tares, engalananán á los estraños. Todo el influjo que adquieran estos, todo el poder que conquisten, será á precio de nuestra humillacion religiosa.

El culto público, que en sentir de un escritor piadoso, es la espresion de la fé del cristiano, de sus sentimientos, de sus esperanzas y de sus temores: esas solemnidades con que la religion tributa á su divino autor un testimonio sincero de nuestra dependencia y de nuestra gratitud, y que ejerciendo un influjo misterioso en nuestras almas, calman nuestros dolores, sostienen nuestra debilidad, y nos inspiran deseos y esperanzas consoladoras, serán un objeto de burla para la impiedad de corazones ulcerados, que no viendo en la vida presente otra cosa que el acaso y la fatalidad, tampoco descubren mas allá del sepulcro, sino el polvo y la inmundicia.

Esos asilos santos en que víctimas vírgenes ofrecen á Dios el holocausto puro de una castidad inmaculada, de un corazon abrasado en el fuego de la caridad, en donde una continua y fervorosa oracion hace resonar las bóvedas sagradas, y que subiendo como el humo del incienso hasta el trono de Dios, lo compromete, por decirlo así, á que abra su mano benéfica y llene de bendiciones á la tierra maldita por el pecado, serán destruidos, y las esposas del Cordero sin mancha, insultadas atrozmente por la inmoralidad y el desenfreno de una soldades-

ca impía para quien nada hay sagrado y respetable.

El sacerdocio cristiano á quien Jesucristo confió la administracion del tesoro de su infinita misericordia y de su amor, para que reconciliara y absolviera, invistiéndolo de un carácter divino é indeleble, y confiándole poder para que lo empleara esclusivamente en beneficio de sus hermanos, instruyéndolos en la mas sana doctrina, socorriéndolos en todas sus necesidades, consolándolos en todas sus aflicciones, siguiéndolos en los diversos estados de la vida con una solicitud paternal, santificando su nacimiento por el bautismo y su muerte por un caritativo y poderoso perdon: ese sacerdocio, cuya mision augusta es independiente, en lo espiritual, de toda autoridad terrena, pues que toda ella le viene de su divino autor, y que por una sucesion no interrumpida y una gerarquía uniforme y eterna ha venido desde el primer pontífice Jesucristo, hasta el último de los sacerdotes: ese sacerdocio, repito, será humillado y perseguido por otro sacerdocio, que habiendo recibido su mision de los hombres, depende exclusivamente de ellos, y trabaja sin cesar para hacerse prosélitos que aumenten el número de sus sociedades puramente humanas, que por satisfacer sus pasiones violentas y por sacudir todo yugo de moral y de virtud, cometen el mayor de los crímenes, la apostasía del cristianismo.

Nada hay mas consolador al hombre, que el sitio en que encuentra mas presente á la Divinidad, y en el que todos reunidos le esponen su debilidad y su miseria. Nada hay mas poético y sublime, que el tabernáculo de los cristianos, en donde la fé los persuade que ecsiste realmente el dispensador de todo bien, el padre comun de todos los pobres y de los desamparados. Nada hay mas tierno ni edificante, que ver un pueblo inmenso en los dias en que la Iglesia espone á la espectacion pública al Santo de los Santos, rodear los altares del Altísimo y oír la accion de gracias, la súplica y la oracion unánime con que se implora su clemencia, con que se agradecen sus beneficios, con que se ensalza su gloria; pero tambien nada hay mas absurdo que el culto de las falsas religiones: sus ceremonias no escitan gratos recuerdos: sus solemnidades no inspiran al corazon del hombre consuelo ni esperanza: su doctrina corrompe el alma lejos de purificarla, y el desgraciado que se acerca á sus altares no siente dilatar su corazon deponiéndolo sus penas á los pies del que solo puede remediarlas. Por el contrario, se oprime mas y mas, sin que pueda sustraerse ni un solo momento al dolor que lo aflige, ni olvidar el infortunio que lo persigue, porque nada hay que pueda tener esa mágica influencia, sino el Dios de los cristianos adorado y reverenciado segun el culto de la Iglesia católica.

¿Qué mas os diré, señores, para empeñaros en defender esa religion adorable, para entusiasmar vuestro corazon cristiano y decidiros á conservar en todo su esplendor esa fuente inagotable de beneficios, en que el hombre encuentra todo lo que necesita para ser feliz en la vida y en la eternidad? ¡Ah! Yo tiemblo, señores, al recordar la maldicion que Dios lanzó á su pueblo querido! Temo que el reino de la justicia desaparezca de entre nosotros, como desapareció de Israel, y vaya á establecerse entre otras gentes que produzcan mejores frutos. Mas si Dios en su indignacion ha anatematizado á México, si quiere castigarlo con la pérdida de su independendia y de su religion, á nosotros toca rehabilitarnos por los medios de la espiacion de nuestros crímenes, y por la heróica resistencia que presentemos á quien quiera confundirnos con las sectas reprobadas y hundirnos en el abismo de los errores mas ridículos y de la incredulidad destructora de todo órden civil, moral y religioso. A nosotros toca defender los derechos de la verdad ultrajada, hacer que se respete de una manera digna de ella misma, y librarnos de los estragos que han resentido las naciones cuando se han conmovido sus cimientos por los delirios de una nacion orgullosa y despótica.

La causa que defendemos, considerada bajo de este aspecto, es la causa de Dios, sus derechos eternos, el honor de su nom-

bre divino, su culto público en que confesamos su poder y su gloria, la observancia de su ley y el respeto santo del Evangelio, todo se halla interesado en la guerra injusta que se nos hace. Y ¿permitireis vosotros, soldados de la patria y de la religion, que objetos tan sagrados lo sean de vilipendio y oprobio para esa horda de aventureros, que deshonorando la memoria del inmortal Washington han traído hasta el corazón de México la opresión? ¿No os sentís estremecer á la sola consideración de los ultrajes que ya han inferido á la Iglesia de Dios y á la dignidad nacional? ¿Sereis tan egoístas ó tan cobardes que os dejéis arrebatár vuestras creencias religiosas, y ataros ignominiosamente al carro del despotismo del Norte? Si tal hiciéreis, si las armas que el Estado ha puesto en vuestras manos solo os han de servir para afrentarlos: si la defensa que ha confiado á vuestro valor no se ha de hacer con la heroicidad que demanda la causa santa que sosteneis: si el pabellón nacional que la patria pone bajo de vuestra custodia ha de ser profanado por los enemigos de nuestra libertad, ¡ah! entonces, maldición sobre vosotros, el desprecio y la execración os persigan constantemente; los terribles males de la servidumbre os abrumen; la patria y la religion proscriban vuestros nombres; los gritos de vuestros hijos esclavos y de vuestras esposas mancilladas, despedacen vuestro cora-

zon, y el atroz remordimiento, clave el puñal vengador en vuestras entrañas. Pero si después de haber cumplido fielmente vuestros deberes, la pátria y la religion os saludan como á sus leales defensores; si lograis á fuerza de sacrificios lavar la infamia de México y romper las cadenas que ya oprimen las manos de mil mexicanos; si siguiendo las huellas de las ilustres víctimas del Molino del Rey, peleais con el entusiasmo que inspira la libertad y el honor, entonces vuestros nombres benditos pasarán puros hasta la posteridad mas remota; el Estado reconocido á vuestros distinguidos servicios, os decretará condecoraciones republicanas que os elevarán sobre vuestros conciudadanos; reposareis tranquilos á la sombra del pabellon tricolor, cuya dignidad habreis sabido defender heroicamente, y al venir al templo de Dios á ofrecer en sus altares los laureles de la victoria que sepais conquistar, oireis conmovidos encomiar vuestras virtudes, porque la religion se complace en tributar dignos elogios al verdadero mérito, como un deber de la mas estricta justicia.

Ojalá, ¡amigos míos! que al volver á vuestros hogares, á las caricias de vuestros hijos y á los brazos de vuestras esposas, después de haber dado una leccion de valor y de patriotismo á los hombres infames y malvados que nos han perdido, sepais igualmente llenar vuestros deberes en la paz

que en la guerra, y que la pátria que os deba su salvacion, tambien os sea deudora de su felicidad y de su engrandecimiento.

El soldado de la república es un ciudadano distinguido en quien la nacion deposita su confianza para conservar el orden público en el interior, y hacerse respetar en el extranjero. El soldado de la república, por lo mismo, debe ser virtuoso, patriota é interesado como el que mas en la felicidad de su pais. Como que todo orden público se funda en el respeto á la ley y á las autoridades que gobiernan conforme á ella, comete un crimen de lesa nacion el militar que, olvidándose de sus deberes, lejos de ser la egide y la garantía de la ley, se pronuncia contra ella, relaja los resortes de la obediencia y envuelve á la nacion en los horrores de la anarquía. Nada hay mas funesto para la sociedad, señores, que esos militares turbulentos, que solo por el placer de trastornarlo todo, promueven revueltas escandalosas y se hacen los árbitros de las instituciones de los pueblos, que variándolas por mero capricho ó por miras interesadas é innobles, impiden que una constitucion estable consolide á la nacion y la haga prosperar bajo los benéficos auspicios de la paz. Cuando los defensores de la sociedad se convierten en sus verdugos; cuando los ciudadanos que debieran sostener á las autoridades son sus enemigos; cuando los guardianes de las leyes son los primeros

que las infringen y despedazan, el pueblo se estremece, y el edificio social se conmueve y peligra. Una dolorosa experiencia no nos permite dudar de la exactitud de esta verdad. La nacion mexicana ha sido víctima por muchos años de la insubordinacion militar, y la nacion mexicana hoy toca los bordes del sepulcro.

El soldado de la república para merecer el aprecio y las consideraciones de sus conciudadanos, y hacerse digno de las condecoraciones con que la patria lo distingue, debe guardar y hacer guardar los derechos imprescriptibles del hombre en sociedad, respetar las garantías individuales y defender las libertades públicas. ¿Con qué derecho aspira un militar á la benevolencia de la nacion, si lejos de ser un fiel custodio de la seguridad, libertad é igualdad de los demás, abusa de la superioridad que le dan las armas para ultrajar los derechos mas sagrados del ciudadano, arrebatándole la propiedad que ha adquirido á fuerza de vigili-
lias y de sudores para pasar una existencia cómoda y tranquila y asegurar el porvenir de su descendencia? ¿Cómo puede un militar, sin cometer un crimen horroroso, prostituir su ilustre profesion hasta hacerse el vil instrumento de un déspota que subyuga al pueblo y lo hace miserable objeto de sus crueles caprichos y de su odiosa tiranía? Lejos de vosotros, soldados republicanos, manchar vuestro nombre y envilecer vues-

tra memoria, descendiendo hasta humillar al pueblo, de que sois una parte, atándolo al carro de un tirano, y poniéndolo á discrecion de sus insensatos delirios. Lejos, muy lejos de vosotros aumentar las angustias de la pátria, prestándoos á las infames y antipatrióticas sugestiones de génios irrequietos, que no satisfechos aún con todos los males que lamentamos, nos quieren hundir para siempre en el abismo. La pátria moribunda os ha llamado á su servicio, y la debeis grandes obligaciones. La estricta observancia de la disciplina militar en la paz, os hará fuertes é invencibles en la guerra. Entre tanto se abre para vosotros ese teatro de gloria y de sacrificios, adquirid toda clase de virtudes republicanas, restableced la moral con la subordinacion, y no os abandonéis á un ocio criminal.

Un militar, y mucho mas un guardia nacional, debe servir con fidelidad á su pátria, sin que lo mueva otra clase de aspirantismo que el de corresponderle á la confianza sin límites que en él deposita. Seria indigno de vosotros procurar solo vuestra fortuna, sacrificar al Estado, y burlar sus mas lisonjeras esperanzas. Vuestra recompensa será la libertad que disfruteis despues de haberla defendido, y la conciencia de haber cumplido vuestros deberes, será la mayor satisfaccion de vuestras almas.

Todos vosotros perteneceis á la clase laboriosa de la sociedad, y si habeis abando-

nado vuestros talleres y vuestras ocupaciones honestas para prestar al Estado un servicio importante, debeis procurar que vuestra conducta sea la de un ciudadano honrado, que las virtudes civiles y morales que os adornaban antes de vestir el uniforme de los servidores de la pátria, no se alteren en lo mas mínimo, y antes bien, tomen mayor fuerza y energía. No imiteis la conducta de esos militares ilusos que se juzgan superiores al resto de sus conciudadanos, y que ecsigen de ellos miramientos y consideraciones que á su vez no saben dispensarles: no olvidéis que vuestro origen está en el pueblo, que debeis volver un dia al pueblo y que os seria insufrible entonces que un militar os ultrajara ó despreciara. No sigais tampoco el ejemplo funesto de tantos militares insensatos, que se creen autorizados para burlarse de todos los actos de piedad, y que juzgan incompatible la profesion del guerrero con la práctica de las virtudes cristianas. No es necesario ser impío para ser valiente: no es necesario insultar á Dios y despreciar la eternidad para arrostrar los peligros: no es necesario arrancar del corazón los sentimientos de humanidad y de caridad con el prójimo, para vengar las injurias hechas á la pátria: no es necesario ser incrédulo para ser fuerte: no es necesario infringir el decálogo para cumplir la ordenanza: no es necesario, en fin, dejar de ser cristiano para ser militar. Por el contra-

rio, solo la religion puede elevar el corazon del guerrero hasta el grado de heroicidad que se requiere para conquistar una gloria inmortal, y la historia nos presenta soldados beneméritos que supieron dar al César y á Dios lo que se les debia, que supieron pelear por su pátria con entusiasmo y con valor, sin haberse manchado con el lodo del libertinage ni de la impiedad.

Para desempeñar con esactitud los deberes de vuestra profesion, no solamente debéis tener patriotismo y virtudes cristianas, es necesario además, que no vegeteis en la ociosidad; una constante dedicacion al estudio de aquellas materias, cuyos conocimientos son indispensables á todo militar, os formará tales, y vuestros servicios entonces serán mas útiles á la pátria. Si la instruccion es necesaria á los simples soldados, lo es mucho mas á los señores oficiales que son los maestros de aquellos. Por una fatalidad, muy lamentable hasta hoy, se ha descuidado en nuestro ejército ese punto de la mayor trascendencia, y, para oprobio de México, hemos visto á la cabeza de batallones á algunos gefes imperitos, que habiendo alcanzado sus ascensos por medios reprobados y vergonzosos, no han tenido aquella vigilancia á la que nada sorprende: aquella penetracion con la que de un golpe de vista se ve todo lo que es necesario obrar: aquella actividad indispensable para la ejecucion: aquella serenidad que todo lo faci-

lita y que inspira recursos aun en los mayores peligros: aquella grandeza de alma, en fin, á la que ninguna resistencia cansa, ningun obstáculo detiene, ningun golpe acobarda. Todas estas cualidades que distinguen á los buenos capitanes, no se adquieren sino por la esperiencia y por el estudio, y nada hay mas indecoroso para un militar, que envilecer su profesion con la ignorancia, fruto miserable de un abandono criminal. Oigamos á este intento á un célebre escritor.

“No hay ciudadanos, dice, á quienes la instruccion, la virtud y los talentos sean mas necesarios que á los militares: destinados por las naciones para arreglar su suerte, llamados á las asambleas legislativas, encargados del mando de los ejércitos y de la existencia de los Estados ¡cuántos conocimientos no deben reunir! Mas por una fatalidad, harto comun, los hombres elegidos para mandar á los otros suelen burlarse de la virtud, despreciar las ciencias y aborrecer la instruccion. El militar se figura que su profesion no le impone otro deber que el de ser valiente y menospreciar la vida. ¿Pero cómo no ve que la guerra es un arte que supone esperiencia, reflexion, y, á veces, el mayor talento? El ser tan raros los buenos generales ¿no prueba claramente la dificultad de su ejercicio? No es en el seno de las ciudades corrompidas, no es á los pies de las beldades, no es en medio de las

intrigas de la corte, no es en las antesalas de los ministros donde un capitan aprende á defender á su pátria, á formar los campamentos, á disciplinar á los soldados, á desplegar los batallones. ¿Hay nada mas funesto al Estado, ni mas criminal que la presuncion de aquellos generales, que faltos de luces y esperiencia, tienen la audacia de ponerse al frente de los ejércitos, cuyas operaciones decidirán quizá para siempre jamás de la suerte y destino de una nacion? ¿Cómo un general se atreve á levantar los ojos á la presencia de sus conciudadanos, cuando sabe que su incapacidad es la verdadera causa de los infortunios de su pais? ¿Su corazon no deberá despedazarse con los mas crueles remordimientos, al oir los gritos lamentables de tantas familias á quienes su impericia ha sumergido para siempre en la pena y la afliccion? ¿Qué de baldones y acriminaciones no debería hacerse á sí propio, al répresentarse en su imaginacion las legiones enteras pasadas á cuchillo por su loca y cruel vanidad!" (1) ¿Cómo un general tiene la desvergüenza inaudita, despues que él y solo él es responsable de los males de la pátria, de insultar al buen sentido y á la dignidad de la nacion, vendiéndole por servicios sus errores, y pretendiendo, aun con el aspirantismo mas

(1) Moral universal del baron de Holbach con las variaciones indispensables de circunstancias. Tom. 2.º, pág. 129.

reprobado, ser el árbitro de los destinos de su país?

“No se diga, pues, que la instruccion es inutil á los guerreros, y que el valor les basta; sin luces, el valor es un atolondramiento ó una ferocidad. El estudio, la reflexion, la ciencia es de la mayor importancia, tanto para los militares como para el Estado que defienden. La moral y la política, cubren de una eterna ignominia esa vergonzosa ignorancia, que es por lo comun el atributo del guerrero. El oficial no es regularmente mas instruido que el simple soldado. Seguir sin reflexion la rutina del servicio; pelear ciegamente cuando el gefe lo manda; vegetar en la ociosidad de una guarnicion; consumirse en un fastidio eterno que solo varia y alterna con el desórden y la disolucion; tal es la vida maquina y molesta en que de ordinario se corrompe el militar, con muy cortas escepciones, hasta llegar á una vejez, que lejos de grangearle respeto y consideraciones, le hacen al extremo despreciable: he aquí lo que regularmente se llama servicio.” (2)

Afortunadamente vosotros, señores oficiales, comenzais hoy vuestra carrera, y el Estado que os ha condecorado con esas divisas de honor, se lisongea de que sabreis merecerlas haciéndoos acreedores á nuevos ascensos por una conducta irrepreensible y por una dedicacion esclusiva al estudio. Voso-

(2) El autor citado. Tom. 2.º, pág. 131.

tros le sois responsables de la disciplina y de la moral de la fuerza que mandais: él la ha puesto bajo vuestra direccion, y no debeis omitir ninguna fatiga que dé por resultado la instruccion del soldado y la propia vuestra. No olvideis que ese uniforme de honor se convierte en un sambenito de infamia, cuando no cubre un corazon virtuoso y patriota, y que esa espada que ceñis no es un adorno puramente de vuestras personas; sino que con ella debeis conservar la tranquilidad en el interior, vengar la ignominia de la pátria, defender la independencia nacional y la religion santa, hacer cumplir las leyes y sostener á los dignos magistrados que llevan y que llevaren en lo sucesivo las riendas del gobierno, conforme á la voluntad soberana de los pueblos.

Siento, señores, que los estrechos límites de un discurso no me permitan estenderme mas: concluiré, por lo mismo, recordándoos que no debeis abandonar á la pátria en su agonía; que el honor nacional y la libertad de México os imponen los mayores sacrificios; que debeis combatir con denuedo para defender al Estado, y que en el caso desgraciado de tener que ceder, no sea sino despues de haber probado al enemigo de nuestra independencia, que Oaxaca agotó todos sus esfuerzos para librarse del baldon y de la infamia y que jamás se acostumbra á sufrir un yugo; sino que, aun agobiado por los mayores infortunios, continuará combatiendo para sacudirlo.

Si la independencia de la nacion debe interesar todo vuestro entusiasmo guerrero como soldados de la República, la religion de Jesucristo, la fé de nuestros padres, la honra de Dios y de sus altares, el triunfo de la verdad y de nuestras creencias religiosas, os imponen igualmente como cristianos toda clase de abnegacion. Si no quereis veros confundidos con los enemigos de Dios y de Jesucristo; si no quereis ver ultrajados impiamente los objetos mas sagrados de nuestra adoracion; si no quereis sufrir los horrores de la incredulidad; si no quereis, en fin, ser esclavos, manifestadlo así al mundo con vuestras acciones, defended con valor los dos bienes mas apreciables para un pueblo, los dos beneficios mas preciosos que pudiera dispensarnos el cielo: la libertad y el cristianismo.

Si Dios os concede conservar para México ambos objetos, si lograis que la religion y la libertad os levanten una estatua que immortalice vuestra gloria, no olvideis que ella no seria completa si no llenais en la paz vuestros deberes con la sociedad. Ella ecsige de vos que conserveis el órden público: que nunca levanteis el grito para subvertirlo: que respeteis y hagais respetar las leyes, porque de su fiel observancia depende la felicidad del Estado: que una disciplina escrupulosa y una moral rígida, arregle vuestra conducta militar, para que la guardia nacional no reporte sobre sí la ec-

seccion pública, para que con la insubordinacion y el aspirantismo innoble, no mine el edificio social, ni arroje á la nacion en el caos de revueltas y anarquía que le ha causado hasta hoy tan graves males.

Si cumplis con esactitud vuestros deberes, alzá la frente con orgullo y decid á vuestros hijos, enseñándoles vuestra bandera: he peleado con heroismo por la religion y por la libertad, he procurado la felicidad de vuestra pátria, imitad, imitad las virtudes de vuestros padres. *Erigamus defectionem populi nostri, et pugnemus pro populo nostro et sanctis nostris.*—DÍJE.



